

## JUANELE, 10 AÑOS DESPUES

Hace diez años (un sábado 2 de septiembre de 1978) moría, "en una casa que da al río" Paraná, Juan Laurentino Ortiz. —¿apagándose quizás?— una de las voces más preciosas de la poesía argentina y, por qué no decirlo, de la poesía universal. Por suerte, buena parte de su obra publicada había sido reunida en "En el aura del sauce", en 1970, gracias al tezón de un muy querido poeta amigo suyo, Hugo Gola, obra que hoy se siente como de fundamental importancia su reedición.

Diez años más tarde, en distintas ciudades se le tributan homenajes que, entendemos, intentan conservar imborrable el recuerdo de su voz así como es imborrable la vigencia del mito "Juanele". En su ciudad natal, Gualeguay, el punto de partida hacia la captación del infinito, hacia "la intemperie sin fin", durante los días 2 y 3 del corriente una serie de actividades —organizadas por la Secretaría de Cultura de esa ciudad y la Sociedad de Escritores de Gualeguay (S.E. GUAY), giró en torno a la vida y la obra del autor de "El alba sube", "La rama hacia el este", "La orilla se abisma" y otras tantas páginas de honda liricidad. Así es que el viernes, en horas de la mañana, frente a la tumba que guardan sus restos, bajo la evocación de la escritora Emma Barrandeguy, un grupo de amigos depositaron ofrendas florales al poeta. En tanto, en horas de la tarde, se proyectó el largometraje documental "La intemperie sin fin", una hermosísima película sobre



Dibujo de Nicolás Passarella

Juanele realizada por Canal 9 TVER, dirigido por Ernesto Mockern y José Luis Gangli (primera parte), y "Juan L. Ortiz", de Juan José Gorazurreta, del Cine Club Santa Fe (como segunda parte). Finalmente, un panel compuesto por los escritores Daniel González Rebolledo, Juan Manuel Alfaro, Juan Meneguín y Ricardo Pico brindó la oportunidad para que el público allí presente debatiera acerca de diversos aspectos de la vida y la poética orticiana. Por su parte, el sábado en horas de la mañana, ante la escultura que conserva su memoria, en el Parque Intendente Quintana, un grupo de amigos y personalidades vinculadas a la cultura leyeron poemas suyos, en tanto que en horas de la tarde los escritores Daniel González Rebolledo y Eise Osman brindaron sendas charlas acerca de "la temática social en tres poetas Entrerrianos" y "El mito de la poesía y la vida", respectivamente. Por último, Alfredo Veiravé, Rodolfo Alonso y Tamara Kameinzan conformaron un panel sobre distintos aspectos de la obra orticiana. Sumándonos a los merecidos homenajes que se realizan, como dijéramos al comienzo, a este creador que ha marcado la tradición poética entrerriana y buena parte de la argentina, brindamos en esta edición una entrevista inédita a Juan L. Ortiz, realizada en 1975, así como la opinión de los escritores que conformaron uno de los paneles antes mencionados, algunos textos orticianos y algunos recuerdos sobre el maestro.



Entre los actos programados por la Sociedad de Escritores de Gualaguay (S.E.GUAY) y la Secretaría de Cultura, Turismo y Acción Social de esa ciudad, figuró la realización de un importante panel compuesto por los escritores Alfredo Veiravé, Rodolfo Alonso y Tamara Kameinzan quienes refirieron distintos aspectos de la obra poética y la conducta de vida de Juan Laurentino Ortiz.

Tanto Alonso como Veiravé destacaron la especial personalidad del autor de "El alba sube" en su trabajo como poeta y en su constante dedicación a una "docencia poética".

Por su parte, Tamara Kameinzan brindó una interesante charla acerca de algunos aspectos estilísticos de la cosmovisión ortiziana, charla que ya fuera publicada por la revista "Fin de Siglo" aunque no por ello menos valiosa.

En otro orden de cosas, frente a una escultura que conserva su memoria, en el Parque Intendente Quintana, poetas, periodistas y personalidades allegadas a las letras leyeron trabajos de Juanele bajo los eucaliptus y en medio de un aire propiamente ortiziano.

Las notas gráficas de "CONCORDIA" ilustran ambos aspectos arriba mencionados.



### Subtítulo declarado indeseable

Sin ánimo de despertar animosidades, quiero poner el punto sobre una í algo molesta, que no por nada me concierne directamente. Hace unos días, Juan Meneguín me propuso una entrevista que luego publicó en este Suplemento Cultural, el lunes 29 de agosto pasado. La nota —extensa y precisa— es el fiel trasunto de la charla que mantuvimos, y en esto condice con toda la valiosa tarea que Juan viene realizando al frente del Suplemento. Sólo en un aspecto (creo) se le fue la máquina: en el subtítulo que reza "Para Alejandro Bekes no se puede hablar de una tradición poética entrerriana". En efecto, si yo dijera que no poseo un auto (afirmación harto evidente y comprobable), nadie generalizaría "Para A.B. no se puede hablar de la existencia de autos", ni aún en el caso de que yo, impetuosamente, hubiera agregado "Este hecho es frecuente entre los poetas de nuestra generación". Por otra parte, si en efecto es cierto que entre este último grupo somos muchos los que, por temperamento o por ignorancia, nos hemos cortado más o menos solos en cuanto a estilo poético, es excesivo —a mi juicio— pensar que todas las generaciones han hecho lo mismo, y más todavía negar una tradición poética que, aunque poco difundida y mal "transmitida", por razones extrínsecas a ella

misma, es vasta y múltiple y merece nuestro más ferviente reconocimiento.

En síntesis: creo que se puede hablar de una tradición poética entrerriana — y se debe. Como lo hace, por ejemplo, Daniel González Rebolledo en aquel mismo número del 29 de agosto. Como —implícitamente— lo acepta y subraya Juan Meneguín al empeñarse en su generosa labor poética y periodística.

Alejandro Bekes

He leído la nota referida y sigo pensando que el subtítulo aludido ("Para A.B. no se puede hablar de una tradición poética entrerriana") refleja exactamente lo que Alejandro Bekes manifiesta más abajo ("...no podemos decir, de ninguna manera, que los poetas de nuestra generación continuemos la tradición de una poesía entrerriana, lo cual, por supuesto, es una carencia").

No se si en tanto a Alejandro le habrán venido a la memoria —como me ha sucedido a mí— algunas viejas lecciones de Historia del Arte que dan como un axioma que nadie puede sustraerse a la tradición, aunque lo intente aunque crea no haber tenido acceso a sus fuentes oficiales. (J.D.M.)

Hace más o menos ocho años, bajo los eucaliptos de "La cuchera", un grupo de amigos contábamos historias de algunos de nuestros creadores más queridos: Homero Quiroga, Julio Cortázar, Juanele. Los más jóvenes escuchábamos esas historias —que, en algunos casos los mayores las habían escuchado a su vez, o la habían presenciado— con los ojos, ya no los oídos, bien abiertos. Allí, precisamente, Mario Alarcón Muñiz refirió de Juan L. Ortiz su relación de identidad entre el romaje de los gutos y el movimiento de las esferas celestes. Refirió, además, la entrevista que le había hecho al poeta grande de Gualaguay unos años antes.

Esta entrevista (una hora y cincuenta minutos exactamente) fue difundida en su oportunidad por Radio Nacional Gualaguachí —eso era en 1975— y algunos tramos de ella nuevamente hace unos días. Es decir, es inédita para los medios gráficos y de un incalculable valor para todos que, de una u otra forma, tienen en su recuerdo la obra y la vida del autor de "La rama hacia el este" y otras tantas páginas de preciosa poesía lírica y vivencial... Y esto, por otra parte, para "Concordia en la cultura y las letras" tiene un doble valor: por un lado, el gratísimo honor de publicar una extensa nota inédita a uno de los más grandes poetas líricos de habla hispana, diez años después de su muerte; por otro lado, el hecho de que el ser inédita significa, por sobre todo, el hecho de volver a escuchar su voz cadenciosa y profundamente humilde, sus silencios de puntos suspensivos, sus interrogaciones retóricas, todo aquello que constituía la "melodía poética" de Juanele Ortiz, tal como lo llamara cariñosamente Emma

Bertrandeguy, una melodía que bien puede durar una hora aunque como puede durar milenios, catorce versos en el soneto a Artigas, como quinientos de "El Gualaguay" y que por ello es imposible pensar que pudiera concluir, de la misma manera que sería absurdo pensar que algún día pudiera haber comenzado: es como el fluir constante de los ríos que nos habitan, unas veces puede ser arrebatao, otras manso y sereno, otras intermitente y brillante... Quisimos reproducir la nota íntegramente —no obstante su vasta extensión— y para ello lo haremos en dos partes. Tenemos una excusa válida para ello: todo lo que Juanele afirma responde a una interrogación honda acerca del trabajo de un escritor que deshecho los oropeles en concepción de una fidelidad absoluta a sí mismo, que cultivó una artesanía poética que por ello resistiría incansablemente a la erosión devastadora del tiempo aunque su obra no tenga la difusión que se merece —algo que a Ortiz también poco le importara. Pensamos que "sintetizar" rescatando la puramente conceptual de la nota sería cometer casi un crimen hacia la voz, hacia los silencios luminosos, de nuestro Juanele. Otra explicación no la hay.

Juan Meneguín

# Juan L. rumor d

## Entrevista inédita de M

—Don Juan, pienso que se siente muy cómodo en su Gualaguay.

—Desde luego, sobre todo después de haberlo visto a Mastronardi a quien hacía tiempo no veía, un poco mejorado, me refiero a lo que en Mastronardi es un poco verdate, es decir su espíritu, con gran ánimo.

—Además se ha encontrado con su paisaje de Gualaguay.

—Eso es muy importante también, a pesar del tiempo, con ese cielo un poco bajo... invernal y lluvioso. A pesar de eso, he podido, en fin, andar un poco por la ciudad y sus alrededores... y siempre Gualaguay —como he dicho— sigue tocándose, sigue emocionándome. Es la pura verdad: ya no se trata de un interés por lo que podríamos llamar "adelantos", sino esencialmente eso que es lo que envuelve a un pueblo, esa hermosura, diríamos espiritual, que me parece, si no actúa... si operante, ¿no?, sobre todo en lo que se refiere a mi sensibilidad —no se si a otros le pasará lo mismo—. Gualaguay, como he dicho siempre, me toca. Un paisaje recogido, Gualaguay representa dentro de Entre Ríos esa especie de pausa de un paisaje casi danzante por las colinas, hondo también. Recuerdo que González Tuñón lo ha llamado "el hondo Gualaguay". Hondo es la palabra que corresponde".

—Mastronardi decía antes que era un paisaje —con respecto a Paraná—, clásico. Yo no diría tanto, diría que es, simplemente, con respecto al de Paraná, más movido. Un paisaje de éxtasis y para el éxtasis.

—Esta atmósfera de Gualaguay, por la que usted se siente influido, ¿puede haber intuido en la cantidad de poetas, de autores, que ha dado esta ciudad?

—Es muy posible. Recuerdo en este momento, aparte de Mastronardi (su "Luz de provincia" está bajo el signo, podríamos decir de Gualaguay), a otros poetas, más o menos, de la generación posterior, como Manuata, que tiene "La mujer de silencio", toda penetrada de esta atmósfera. Las narraciones de Roberto Beracochea, igualmente están muy circunstanciadas de ciertos aspectos, que pocos han tocado, ¿no?, del paisaje... Roberto ha sido compañero mío, ha andado por todo... ahora, desde luego, Mastronardi ha sido mi gran compañero en todas estas aventuras por este paisaje, que para un extraño no tendría nada de atrayente, pero que para nosotros era decisivo en el sentido de que podíamos conversar, comulgar con él. Esa es la palabra, ¿no?, es un paisaje para la comunión, para la amistad, sí cabe la palabra.

—Yo recuerdo, Juanele, una mesa redonda que para mí fue sensacional, que se realizó aquí, con la participación suya y la de Mastronardi, de María Esther de Miguel, de Jorge Calvetti, de Carlos Alberto Alvarez, hace casi tres años, con motivo del homenaje a Mastronardi, en la que se habló precisamente de este tema, porque la mesa redonda giraba en torno a la influencia del paisaje y de la infancia del poeta en la creación poética... Y recuerdo, también, que al hablar del paisa-



Zaguán y patio con para de la casa natal de Juan Laurentino Ortiz, en Puerto Ruiz. (Foto Diario "CONCORDIA").

# Ortiz: el el cosmos

ario Alarcón Muñiz

je y de la comunión con él, usted en aquel momento evocó un soneto que habían escrito con Amaro Villanueva, que comenzaba "No nos vamos del parque todavía..."

—Justamente, justamente, sí, cómo no... Aparte de eso, podría hacer un esfuerzo y recordar otro soneto, que sería así dedicado a Guleguay después de ese largo poema de recuerdos que es "Guleguay". "Errese una hondonada que el tiempo hiciera rosa, para aspirar mejor los sentidos del cielo, y que desde el cielo, al fin, tal una mariposa, diera en la misma flor hojeándose el anhelo. Errese esta gracia de su luz pudorosa, ardiera como un alma sobre el oscuro suelo, aunque en llamas de honores fuera ya numerosa y en la línea del vestro fosforesciese el vuelo. Errese que las quintas sublimen sus días, en las copas que alza el encuentro de todo, cuando la noche el suyo puntea de concierto. Así haz de ti la futura armonía, de ti la rosa lisa pero alada de modo. De ti la diademada por el rumen del huerto".

—Este poema, Juanele, es nuevo... inédito.  
—Sí, pero hace mucho que lo escribí... cuando escribí ese poema largo (Guleguay), pero luego lo modifiqué. Yo he dicho lo que recordaba; hay muchas cosas que están un poquito más tocadas, en un orden, diremos, de la fidelidad de la emoción, del sentimiento, ¿no?, como puede llamarse... porque el otro es excesivamente extenso. Allí hay recuerdos de todos, de Mastronardi, de Manauta, de las personas más populares de acá, de Huguito Antola, Lili Locafarena. Y los amigos que yo tuve, en los momentos de... diríamos... un poco de bohemia orillera, si cabe la palabra, había en las orillas, allí en la casa esa que está frente al parque, ahí donde yo viví mucho tiempo de soltero y después de casado también, al que Mastronardi llamó el "Ateneo ribereño".

—Don Juan, hableme, si esto no hiere su modestia, de lo que está realizando actualmente.

—Bueno, estoy preparando, como le dije hoy... no... no estoy preparando, estoy pasando en limpio ciertas cosas que tenía en borrador, trasapelados ahí, y que irían en este cuarto tomo que anuncia ya la Vigili, ¿no? Donde estaría como la continuación de ese poema "El Guleguay", "Cuando el río me ahogue"; bueno, ahí está la continuación; otra historia del río, otra parte de la historia del río. Si, otra parte. El río, ya se sabe, es el tiempo, como el Guleguay, que ha sido el protagonista casi más testigo de tanta cosa de la historia nuestra, que la ha asistido como desde abajo. Es una visión de la historia desde abajo, pero como la vería por ejemplo el río, no el nivel de los hombres, sino el nivel de proliamiento, de la tierra, del tiempo.

—Bueno... eso y otros poemas que después se han ido haciendo... Hay muchos, ¿no?, muchos... Unos justamente están dedicados a esta niña aquí presente, mi nieta... Uno, recuerdo, está referido a... yo recogí unas flores del parque... la noche anterior había llovido y estaba lleno de flores silvestres, estaba todo constelado de flores, lindísimo. Entonces yo junté muchas de ellas e hice un ramo y le dije: tenga este ramo y lléveselo a su abuelita. Muy bien, ella lo acepto, pero después, ¿sabe lo que hizo esta niña? Este... desarregló el ramo, separó todos los tallos y los colocó donde estaban antes, ¿entiende?, es decir las resituyó a su lugar. Es decir, ella me dio una lección porque las reintegró a la tierra de donde yo las había arrancado...

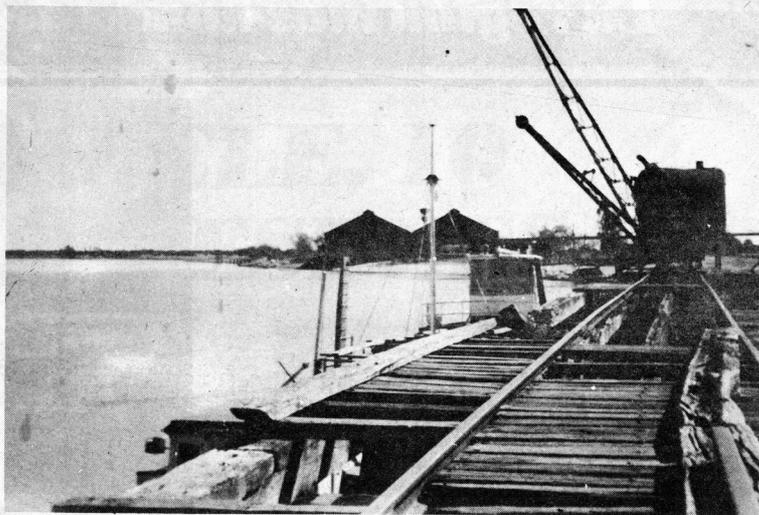
—Otra vez, yo tenía un gatito negro y ella era la primera vez que sentía roncar a los gatos. Como era muy manso, se lo acerqué a ella y él empezó a roncar. Y ella sintió una cosa extraña, lo vi en sus ojos, como... este... el rumor de algo que sería el gato, pero que iba más allá del animal.

—Ya se sabe que el gato está entre el cielo y la tierra. Más entre las estrellas... Entonces yo le acerqué y sintió ese ruido y ella cambió la expresión, con una emoción extraña, como si hubiera sentido el rumor, ¿sabe?, de las estrellas, del cosmos. Yo reproduci la expresión suya, de palidez, casi de pavor cósmico, ¿sabe?, porque no decían otra cosa sus ojos.

—Y yo tengo un poema en que toca eso, es decir la sorpresa ante ese ronquido porque eso tenía referencia a algo extraterrestre, el rumor cósmico, el rumor que podrían hacer, dice por ahí Edgar Poe, a determinada altura, la rotación de los astros, ¿me entiende?... Hacen una especie de rumor sobre todo cuando se va acercando a la atmósfera de cada planeta, de cada estrella... es muy posible que se sienta el ruido del girar... Y entonces ese rumor de esos mundos, donde cada puntito que vemos, más que ser el centro de una constelación es el centro de un sistema, ¿no?, se siente... Y yo recordé ese cuento de Poe, "La aventura sin par de Aspfall", después otros autores, ya han hablado de ese rumor... Es decir que no es el silencio del espacio absoluto de pascal, sino el rumor de la rotación de las esferas celestes, no sólo de las estrellas cercanas sino aún más allá de ellas".

—Bueno, esos poemas están incluidos en ese libro, y son los que más he trabajado... aunque no se si se puede hablar en el sentido de trabajo. Son cosas que han salido, diremos así, y que han necesitado salir, ¿eh? La única explicación, justificación de un poema, es que responde a una necesidad, ¿me entiende?, una necesidad de lo más universal, la misma que tiene la tierra en dar una florcita, un tallo de hierba, o de un insecto de pasearse entre las briznas... lo mismo".

—Pero a pesar de eso, de cualquier manera Juanele, usted labora sus poemas, estudia numerosos temas.  
—Desde luego, desde luego. Eso viene porque hay una parte, lámesele intelectual, de conciencia más o menos artesanal y a pesar de uno interviene, que va un poquito operando en toda esa radiación... en toda esa especie de donación, sí, porque es casi una donación; la expresión de una necesidad don-



"Pues los primeros tres fueron de Puerto Ruiz": ("Guleguay", Juanele).

de interviene el sentido artesanal porque, desde luego, nadie inventa la rueda, hay muchas experiencias.

Hay poemas hechos en épocas que da vértigo en cuanto a su lejanía, ¿no?, de milenios, en que ha salido una poesía que hoy no nos deja de sorprender, ¿no?, y sobre todo en las culturas precolombinas, no hablo ya de Oriente o las islas del Pacifico, sino aquí mismo en América con las culturas anteriores a los Incas, y aquí nomás cerquita, en el norte argentino, las guaránicas, que no dejan de sorprender aún a los europeos más alertas, más avezados, en que están ahora impactados por la cosmovisión que revelan esas culturas en la época en que existieron.

—A pesar de que usted dice que nadie inventa la rueda, Juanele, a pesar de eso, sin embargo dos de sus más aplicados exegetas, Hugo Gola y Alfredo Veiravé, coinciden en señalar que su poesía no tiene antecedentes ni reconoce encasillamientos en las líneas conocidas de la poesía argentina. ¿Usted qué me dice de eso?

—No sé, mire... es posible... es posible, porque he sido muy curioso desde muy chico he leído más o menos la poesía que se ha hecho en todos los continentes; diríamos, tuve la suerte de tener ciertas antologías que me dieron una visión, así, diremos universal, de la poesía de todas las épocas, de todos los continentes... de África, de Oriente, de América, aparte de la europea.

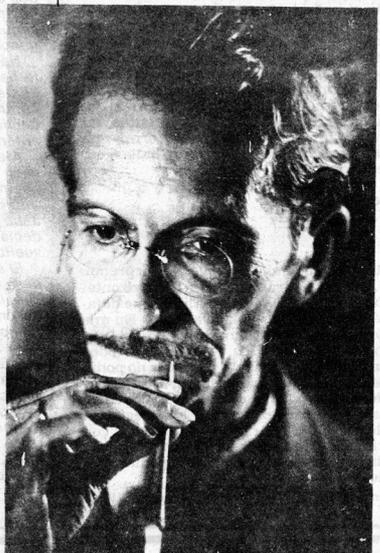
—Indudablemente... si hay originalidad se refiere a que es muy relativa también. Porque influyen tantas cosas, en nosotros, que no son nuestras... se debe a que uno no hace más que remitirse a la voz interior, a esa exigencia de ritmo y de expresión, que está en todo y en todos los hombres. Y si todos se remitieran a eso fielmente habría sorpresas, porque todos

son originales. Todos tienen algo nuevo, porque eso no se repite. Puede haber líneas más o menos de semejanza, pero la originalidad yo creo que es muy relativa: nos debemos a todos, no solamente, diremos, a la tradición llamémosle cultural, a la tradición poética con que uno no puede dejar de contar, sino a la visión original, a la experiencia original, que es irreplicable, que es única en cada persona.

—Lo que pasa es que estamos influidos por muchas cosas relativas a la retórica o a cierta tradición más o menos retórica, que desgraciadamente todavía predomina en cierta enseñanza original no se expresa como se espera que lo haga.

—Don Juan, la Editorial Biblioteca nos regaló hace un par de años su obra completa. "En el aura del sauce", muchos libros de los cuales ya estaban agotados y que ahora no solamente vuelven a publicarse sino además son traducidos a otros idiomas. ¿De cuántas traducciones tiene conocimiento usted?

—Tengo del francés, hecha por esta señorita de Concepción del Uruguay... pero que no me acuerdo en este momento (se refería a Susana Giqueaux); de otra de un muchacho de Córdoba que está en Berlín, es decir que saldría en alemán. Al inglés está también en preparación, y según me dijo un amigo, se está preparando una al hebreo también. Aparte de otras, aunque no tengo la seguridad absoluta, al griego, hechas por iniciativa de Yannis Riltzos... Del chino no tengo noticias, pero es muy posible que circulen por ahí, porque yo dejé todo para traducirlo cuando estuve allí... Ah, y el italiano, es cierto, porque Alberti me escribió y dice que tendría una traducción a esta lengua. (Concluye en la próxima edición).



## CREPUSCULO EN EL CAMPO DE GUALEGUAY

Nada más que un sueño Amarillo que se va entre los talas detrás de un vuelo bajo y encendido de ventres.

La luz es una nostalgia que alarga sus suspiros hasta las lejanías

Los cardales secos, aéreos, de qué color?

Este paisaje es mi alma y será siempre mi alma.

Un espejo infinito para el cielo.

Sabéis, amigos, ahora, la causa de mi vago tristeza?

## EL AGUARIBAY FLORECIDO

Muchacha de ojos de flores y de labios de flores.

En la sombra exhalada —éde qué dulce hábito?—

Los vestidos ligeros, muy ligeros, con pintas.

Arde de abejas el aguaribay, arde.

Ríen los ojos, los labios, hacías las islas azules

a través de la cortina

de los racimos

pálidos.

Ríen los ojos, los labios. ¿Véis las muchachas o es

la tenue sombra ebría

y bordoneada

que se alucina de muselinas claras

y de otras flores vivas —extrañas flores vivas—

riendo, riendo, riendo hacia las islas?

Muchachas de ojos de flores y de labios de flores.

Arde de abejas el aguaribay, arde.

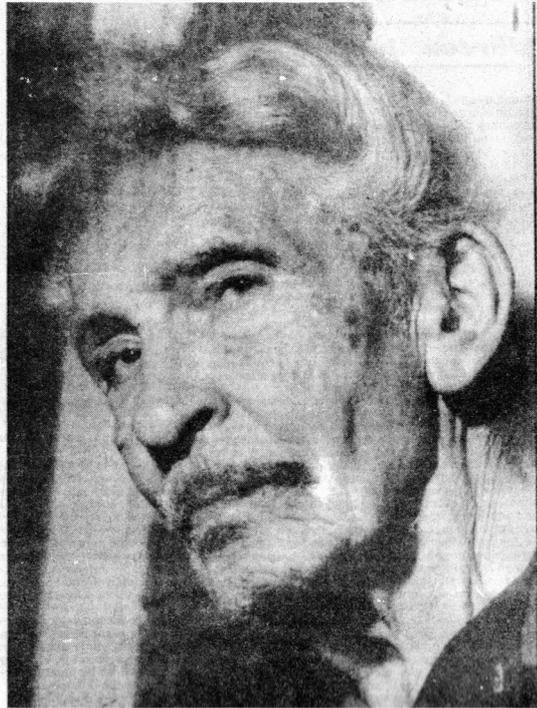


## La región más honda de la poesía

### Para que los hombres...

*Para que los hombres no tengan vergüenza de la belleza de las flores,  
para que las cosas sean ellas mismas: formas sensibles o profundas  
de la unidad o espejos de nuestro esfuerzo  
por penetrar el mundo  
con el semblante emocionado y pasajero de nuestros sueños.  
o la armonía de nuestra paz en la soledad de nuestro pensamiento  
para que podamos mirar y tocar sin pudor  
las flores, sí, todas las flores,  
y seamos iguales a nosotros mismos en la hermandad delicada,  
para que las cosas no sean mercancías  
y se abra como una flor toda la nobleza del hombre:  
iremos todos hasta nuestro extremo límite.  
nos perderemos en la hora del don con la sonrisa  
anónima y segura de una simiente en la noche de la tierra.*

De "La rama hacia el este" (1940)



Juan L. Ortiz, foto de Daniel Rossi, Paraná 1976

### Tres recuerdos de Juanele

...Poco a poco, pausadamente, la cruda realidad se nos fue haciendo dolorosamente palpable. No habrá ya más peregrinaciones a Paraná, ya no habrá mas boquilla larguísima ni gatos, ni Gerarda va a seguir discretamente cuidándolo de lejos, ni habrá el recuerdo de un galgo que se llamaba Prestes, ni crepúsculos de todos colores que a su lado se contemplaban mejor que muchos cuadros, ni el lento armar de cigarrillos, ni las manos etéreas pero firmes, ni letritas pequeñas, ni recuerdos de Oriente y la mejor poesía, contemporánea o no, y seguirán las inundaciones que parten el corazón pero no estará él para mostrarlo todo, entre la brizna y el cielo, hasta la brizna y el cielo, con su mano delgada, sus huesecitos frágiles (pero firmes), su susurrada voz. No habrá más corbatín ni delicadezas infinitas, no habrá pastillas para no dormir y tampoco pastillas de dormir, no habrá descubrimientos, no habrá encuentros, sorpresas, hallazgos, travesuras. Sí memorias. Memoria.

### Alonso

Rodolfo Alonso  
Poesía, Lengua viva"

Frecuentaba la costa frondosa, donde muchas veces lo sorprendió como embelesado y ausente, los ojos agradecidos en el horizonte. Esos hábitos singulares y la fuerte impresión de irrealidad que dejaba en la gente normalmente ávida, no lo privaba de amigos. En mis ya numerosos años no he conocido hombre más bueno ni más comprensivo. Mantenía trato afectuoso con sus vecinos, casi todos ellos boteros y pescadores. En ese medio, donde el porvenir no podía ser sino idéntico al ayer, pues todo se reducía a seguir tirano, no causaba perplejidad ni extrañeza, pero las personas acomodadas o por acomodarse, sólo atentas a los bienes concretos, lo apreciaban sin entenderlo. Como nunca lo vieron arrojarse sobre las cosas con voluntad posesiva, su carencia de avidez les traía asombro. Quizás lo juzgaban un excéntrico o un hereje social, ya que sólo podían medirlo con sus habituales esquemas.

### Mastronardi

Carlos Mastronardi. "Memorias de un provinciano", Ediciones Culturales Argentinas, Bs. As. 1967.

### Veiravé

Había dicho muchas veces en esos años últimos que la muerte era un tránsito "bien hecho" ya que los términos vida-muerte estaban vinculados en lo profundo del dolor, al nacimiento y renacimiento del organismo: "En un milésimo de segundo se realiza este proceso en el que los términos vida y muerte son indiscernibles..."

Había desechado toda desesperación posible y la había comparado al descenso de una colina. "Está tan bien hecho todo el tránsito que, al contrario, lo único que uno quiere es bajar el declive, la colina. Y no queda nostalgia del estado anterior..."

Afectado por un enfisema de pulmón en las últimas semanas intentaba oralmente concluir dos poemas de homenaje, uno para Rafael Barret y otro para José María Arguedas, a quienes recordaba cada vez más, hasta que en cierto momento declaró lentamente que había decidido "irse" envuelto en esos dos poemas y se negó a dictarlos".

El sábado 2 de septiembre de 1978 murió, en su casa de Paraná, Juan L. Ortiz. Fue en ese amanecer al encuentro de un hábito que lo velaba, dentro de un aura que lo envolvía desde hacía mucho tiempo, contemplando desde la ventana abierta el río y las islas, unas luces que convocaban a su alrededor imágenes de un entresueño donde el poeta recibía en las últimas noches, la visita de viejos compañeros ya muertos.

"Esta muerte nos pertenecía solamente a Juan y a mí" pudo decir fortalecida de silencio la admirable Gerarda. "La muerte —había dicho el poeta— es un acto natural. Es como bajar lentamente la colina..."

Alfredo Veiravé:  
"La experiencia poética"